

Introducción

La propuesta que les voy a hacer para los tiempos que compartiremos estos tres días santos, es la de un acercamiento personal y orante al Misterio de la Pascua del Señor. Mis palabras van destinadas a ayudar a dicho ejercicio de oración personal: mi objetivo no va a ser otro que dejarles a las puertas de diversas escenas del evangelio, y animarles a entrar personalmente en ellas, para que en la intimidad del encuentro y de la cercanía con Jesús cada uno experimente la gracia singular y siempre nueva que nos es prometida.

El acercamiento que les propongo a algunas escenas de la Pasión va a estar marcado por dos sugerencias que hace San Ignacio de Loyola en sus Ejercicios y que yo hago mías.

La primera es que nuestro acercamiento sea un acercamiento «contemplativo»: que nos acerquemos a la escena discretamente: con los ojos, los oídos y el corazón bien abiertos, sencillos, atentos al detalle, para dejarnos impactar por ella. Se trata no tanto de que seamos nosotros quienes tomemos la iniciativa, sino que dejemos que sea el propio misterio el que nos hable, el que nos toque. Y mucho más aún hemos de evitar en nuestra contemplación que nuestra oración se convierta en un ejercicio moral o, menos aún, de comparación o medida con Jesús.

La segunda sugerencia ignaciana que recojo y les planteo es que nuestra contemplación se centre en la persona de Jesús. Si me permiten decirlo de un modo algo contundente, que no contemplemos la Pasión, Muerte o Resurrección de Jesús, sino a Jesús que padece, muere y resucita; que contemplemos no la Pascua de Jesús, sino a Jesús en su Pascua. Se trata, pues, de contemplar a Jesús en algunos momentos de su Misterio Pascual, de acercarnos a Él, con ojos bien abiertos y con un corazón lleno de deseo. Un acercamiento lleno de deseo pero también pleno de humildad, para que evitemos el peligro de colocarnos nosotros en medio de la escena, o de interponer nuestro ego como pantalla entre la escena o el misterio que contemplamos y nuestro corazón.

Para ayudar a que no nos dispersemos en nuestra contemplación de Jesús vamos a concretar nuestra mirada y nuestra escucha en estos tres días en tres frases directas de Jesús. Frases pronunciadas en distintos momentos de su Misterio Pascual, dichas a personas de condición diversa y en situaciones bien distintas, pero todas ellas llenas de sentido y de vida para nosotros.

Textos de Darío Mollá Llácer sj

«Judas, ¿con un beso entregas al hijo del hombre?» (Lc 22,48)

La escena que les propongo para centrar nuestra contemplación de esta noche es la escena del prendimiento. Tras la Cena de despedida, que hemos celebrado solemnemente esta tarde, tras la oración de Getsemaní.

Podemos imaginar brevemente la escena. Pasamos de la intimidad de la Cena y la soledad y silencio de la oración en el Huerto, a la algarabía, el alboroto, la tensión, la agresividad de unos y el miedo de otros en el prendimiento. Frente a frente, en el primer plano de la escena, dos personajes: Jesús y Judas. Fijamos nuestra atención en ese primer plano. Frente a frente dos viejos conocidos. Dos viejos conocidos que han compartido en los últimos años muchas y diversas vivencias y experiencias. Experiencias en público, en medio de la multitud, pero también confidencias en pequeño grupo. Dos viejos conocidos que han compartido, hasta hace muy poco tiempo, ideales de vida.

No es, evidentemente, la primera vez que Jesús y Judas se encuentran y se miran de frente. Tampoco es la primera vez que en aquella noche se encuentran uno frente al otro. Pocas horas antes han compartido la cena, una cena muy especial. Durante la misma, cada uno sabía ya, donde estaba el otro. Ambos estaban al límite: al límite de su entrega y de su amor el uno, al límite de su abismo el otro. En la cena ha habido un momento especial y muy difícil para ambos, momento en el que Jesús ha depositado toda su ilusión y su intensidad de amor y que, sin embargo, a un Judas decidido a la traición, se le ha hecho insoportable e inacabable. Ha sido cuando Jesús, «despojado del manto y ceñida la toalla» (Jn 13,4), renunciando a su condición de señor y maestro y asumiendo la condición de esclavo, se ha puesto a lavarle los pies. ¡Qué difícil y duro ha sido ese momento para ambos! Jesús no ha querido evitarlo; como advierte San Ignacio en los Ejercicios, «lavó los pies de los discípulos, hasta los de Judas» (EE 289). Empezó por Simón, siguió por los demás y Judas, agitado y confundido, lo vio ponerse ante él. ¿Hubo palabras entonces? El evangelio no lo dice. Pero con palabras o sin ellas nos es posible contemplar a Jesús a los pies de Judas, solo

unas breves horas antes de contemplarlos a los dos de pie, frente a frente, en Getsemaní. Seguramente vale la pena detener nuestra contemplación en este momento antes de contemplarlos de nuevo a ambos en el prendimiento.

Horas después, ya no en la intimidad de la cena, sino en el tumulto de Getsemaní, se vuelven a encontrar. Ahora es Judas quien se acerca para besar a Jesús, para darle un beso, un gesto que significa para los judíos el reconocimiento del discípulo al maestro y el amor para los cristianos. Es entonces cuando Jesús pronuncia las palabras que les propongo que escuchemos con más atención y profundicemos: «Judas, ¿con un beso entregas al Hijo del Hombre?» (Lc 22,48).

Una frase breve, apenas una pregunta llena de incredulidad y dolor, pero repleta de palabras cargadas de sentimiento: «Judas»: el nombre individual y personal del amigo, con ese plus afectivo que tiene siempre en el evangelio, y en la vida, llamar a uno por su nombre. El «beso», signo de respeto, reconocimiento y paz entre judíos y entre cristianos. El verbo «entregar», verbo clave en el evangelio para hablar del significado de la muerte de Jesús. Frente a frente el amigo que entrega, que traiciona, y el amigo que se da.

En esa pregunta de Jesús se sintetiza no solo lo que está sucediendo esa noche, en ese lugar y momento, sino que se sintetiza mucho de lo que es historia humana. Una historia permanentemente atravesada por un doble misterio: el misterio de una infinita e incondicional capacidad de amar por parte de Dios, pero también el misterio de una increíble capacidad humana de negarse al amor. En el beso de Judas contemplamos uno de los gestos más básicos del amor, convertido en gesto de traición; y en la palabra personal y cariñosa de Jesús a Judas admiramos que ni siquiera el dolor de la traición impide su entrega por amor. No solo «podría destruir a sus enemigos y no lo hace», como dice Ignacio en los Ejercicios (EE 196), sino que hace un último intento para liberar al amigo Judas de su tragedia.

Jesús frente a Judas representa la incondicionalidad del amor de Dios por nosotros. Un amor sostenido. Un amor a prueba de todo. Un amor también a prueba de engaño y traición. Un amor hasta el límite: un límite que pone el hombre, pero no Dios. Como dice Ignacio en su contemplación de la Cena: «acabada la Cena, Judas se sale a vender a Cristo nuestro Señor» (289): es Judas quien se sale de la Cena, no es Jesús quien le excluye. Y Jesús no solo no le excluye de la Cena, sino que tiene con él los mismos gestos que con los demás: compartir el pan, lavarle los pies... Seguramente con la esperanza, al fin frustrada, de conmover su corazón. No hay límite, ni duda, ni restricción, ni excepción, ni condición en el amor de Jesús por sus discípulos, por Judas incluido. Es Judas quien se va. Somos nosotros los que nos vamos, los que nos salimos, los que olvidamos...

Pero la imagen de Jesús frente a Judas es también la imagen de profundo misterio que nos es necesario contemplar mucho si queremos llegar a la madurez humana y cristiana: el misterio de un amor, el de Jesús, que, pese a su infinita radicalidad, pese a su total incondicionalidad, se manifiesta inútil, impotente, incapaz de cambiar el corazón de Judas, de hacerle desistir de su propósito. Ni en la intimidad de la Cena ni en el alboroto del Huerto, la palabra, el gesto o la mirada de Jesús cambian la determinación de Judas. En ese asumir la impotencia, sin renunciar por ello a la entrega, es cuando el amor de Jesús se hace más gratuito, más sobrenatural, más salvador y también más iluminador para nosotros. También nuestro amor a alguien, por grande y sincero que sea, puede fracasar y estrellarse contra su impotencia. No nos cabe entonces sino seguir amando con más gratuidad. Simplemente porque seguimos a Jesús.

Después de fijarnos más en Jesús, podemos también pasar un tiempo contemplando particularmente a Judas frente a Jesús. Sin duda conmovido, sin duda agitado por dentro, sin duda hecho un mar de sentimientos contrapuestos... pero incapaz ya de volver atrás. No lo hizo en la intimidad del cenáculo, menos lo puede hacer ahora en el huerto. Su corazón ya está definitivamente acorazado frente a todo gesto o palabra; la suerte está echada. La traición no es de hoy ni de ayer, no es de un momento... Es un proceso de alejamiento, de distanciamiento, de insensibilidad... que comenzó hace tiempo, que no tendría por qué haber llegado tan lejos, pero que ahora ya no hay quien detenga ni controle... Judas frente a Jesús representa esa increíble y misteriosa capacidad humana de rechazar y destruir aquello que ama.

Frente al misterio de un amor incondicional pero, sorprendentemente, débil, nos aparece también en esta contemplación el misterio de una impresionante capacidad humana de rechazar el amor, de dejarse tomar el corazón por cualquier dios menor, el misterio de esa increíble fuerza de destruir que tenemos los humanos... Y de pervertir lo más noble, lo más sagrado: de hacer de un beso la señal de una traición.

En el cruce de esos dos misterios que se da esta noche, el misterio de un Dios que ama incondicionalmente y el misterio de un hombre capaz no solo de ignorar, sino de rechazar y oponerse a ese amor, está la Cruz de Jesús, la entrega de Jesús. En el cruce de esos dos misterios, el misterio de un Dios que tiene un proyecto de vida y fraternidad para la humanidad y el misterio de una humanidad capaz de enmendar la plana a Dios, están desde el comienzo de la humanidad tantas cruces y tantos crucificados como hay en nuestra historia.

Judas frente a Jesús: Jesús frente a Judas. Ambos de pie. Contemplantos. En el Huerto. Quizá entonces ya las cosas no tenían solución: Judas posiblemente ya

no tenía la capacidad de mirar a los ojos a Jesús... Pero contemplarlos también en el Cenáculo. Jesús y Judas también frente a frente. Con una diferencia sustancial, paradójica, llena de evangelio: entonces, en la Cena, no estaban de pie: Jesús no está de pie, sino a los pies. Esa fue quizá la ocasión perdida por Judas.

Y dos breves apuntes para acabar. El primero: que es en la incondicionalidad, en la gratuidad, en la aceptación de su eventual impotencia y de su posible rechazo, cuando y como nuestro amor a los demás se hace maduro como amor humano y evangélico, se hace como el de Jesús. El segundo: que es en el cara a cara íntimo con Jesús, en el dejamos lavar los pies por él, en el descubrirle en los cotidianos gestos de amor que recibimos, cuando y como nuestro corazón se hace sensible para el amor y fuerte contra la traición.

Contemplemos sí, como tantas veces hemos hecho, a Jesús a los pies de Simón Pedro. Pero contemplemos aún más a Jesús a los pies de Judas, a nuestros propios pies.
